

HEREDIA COMO REALIZACION DE UN SUEÑO

Discurso de incorporación leído el 21 de noviembre de 1984 por el Académico

D. Alfonso Ulloa Zamora

La ciudad de Heredia... la Heredia que vivimos, la que por plácida y cotidiana nos permitimos olvidar a veces, pero que a pesar de los olvidos llevamos siempre en nuestro mejor sentir, es nada más y también nada menos que la realización de un sueño. Sueño que tenían amarrado al corazón las gentes que habitaban los selváticos andurriales que se extendían desde el río Virilla hasta las propias faldas del volcán Barba, allá por el año de 1705. Sueño que los llevó a solicitar a la autoridad eclesiástica de Cartago el debido permiso para poder ellos —cristianos viejos y de buena cepa—, recibir la misa dominguera y demás auxilios espirituales, en las iglesias para indios asentadas en la región. Pero por el hecho de haber sido creadas esas iglesias para la exclusiva atención religiosa de los indígenas, la jerarquía eclesiástica solucionó el asunto, concediéndoles a los solicitantes una *Ayuda de Parroquia* que fue levantada en Alvirilla, paraje éste muy próximo a lo que hoy se llama Barreal de Heredia.

Aquella ermita, tosca construcción de horcones y de paja, puesta bajo la advocación de la Inmaculada Concepción, sir-

vió para que los padres doctrineros celebraran en ella no sólo misas, sino también bautizos, confirmaciones y matrimonios. Dice el historiador herediano don Carlos Meléndez, que allí también se dio sepultura a algunos muertos.

Pero Alvirilla, por carecer totalmente de corrientes de agua, no ofrecía condiciones para que alrededor de la ermita los dispersos moradores de aquellas regiones pudieran agruparse en un poblado, por lo que se decidió trasladar el rústico templo a un lugar de mejores condiciones llamado Cubujuquí.

Levantado el modesto santuario en su nuevo lugar, poco a poco empezó a verse rodeado de algunos ranchos pajizos y de algunas casas de adobe con techos de paja.

Ahora bien, cualquier oratorio que se levante, aunque sea de modesta condición como el de nuestra historia, significa primordialmente una Cruz, pero también una campana. La campana es tañido, es cantar que se esparce y congrega. Y la Cruz es estatua estilizada del hombre con los brazos abiertos. Por eso Nuestro Señor, que se llamaba asimismo Hijo del Hombre, aceptó morir sobre el signo de ese hombre. Ese hombre que con El iba a morir y a salvarse al mismo tiempo en el hondo drama del Calvario. Pero mejor dejemos esos místicos apuntamientos, para decir que aquella *Ayuda de Parroquia*, con sus casas y ranchos aledaños, por gestión de sus vecinos ante la Audiencia de Guatemala, fue elevada de rango al concedérsele el título de Villa de la Inmaculada Concepción de Cubujuquí de Heredia. Lo de Heredia se debió a la costumbre que tenían los Capitanes Generales de dar su apellido a cualquier villa o ciudad cuyo título otorgaran, y en aquella ocasión el Capitán General lo era don Alonso Fernández de Heredia.

Aquella Villa Vieja de la Inmaculada Concepción —como comúnmente se llamaba—, fue el tímido embrión que con los años llegaría a ser la ciudad de Heredia. El título de ciudad le fue otorgado por las Cortes de Cádiz en 1813, a petición de don Florencio del Castillo, diputado por Costa Rica ante esas Cortes.

Hemos dicho que todo templo que se levanta significa una Cruz y una campana, las que a su vez son estatua y cantar respectivamente. Queremos agregar algo más: cuando la mano

del hombre injerta en la naturaleza una creación suya de tipo urbanístico, lo que esa mano hace no es otra cosa que dar un primer toque, sea con hacha, con mazo o con cincel, en un paisaje que ella misma habrá de seguir creando y recreando interminablemente, pero ya nunca más a su libre capricho y albedrío, porque la naturaleza escogida seguirá colaborando fielmente con ella, sirviéndole no sólo de bastidor, sino también aportando los materiales suyos más adecuados para las realizaciones de cada día. Y llega a tanto esta entrega de la naturaleza al hombre, que no le escatima temas y sugerencias, para que realice con mayor hondura su insoslayable destino de creador.

Si quisiéramos hoy imaginar cómo debió de ser la aldehuela de Cubujuquí en sus comienzos, en este juego imaginativo de seguro las cartas nos irían revelando, en primer término, una ermita rodeada de ranchos y de algunas casuchas de adobe. Luego, en un segundo plano, los follajes, es decir: los árboles. Y finalmente, allá en la lejanía, la montaña.

Pero no tenemos que recurrir a juegos de imaginación, ni ser demasiado sabios para intuir que en la perspectiva del Cubujuquí original, los detalles predominantes tuvieron que ser la casa, el árbol y la montaña. Y eso, por supuesto, no puede sorprender a nadie. Lo que sí resulta admirable es que más o menos a dos siglos y medio de todo aquello, un pintor de Heredia, el hombre que descubrió en la mágica transparencia de la acuarela el paisaje y la luz costarricenses —nos estamos refiriendo a Fausto Pacheco—, definía jocosamente su hacer pictórico de la siguiente manera: “Mi pintura —decía Pacheco— es algo más que simple, porque en cuanto a composición, se reduce a sólo tres elementos: palo, casa y montaña”.

Fausto Pacheco, herediano auténtico y por eso profundamente costarricense, no decía árbol sino palo: así, sabrosamente a la manera tica.

Probablemente la Villa Vieja de la Inmaculada Concepción, desde sus comienzos debió de demostrar una cierta apatencia no sólo por los valores religiosos, sino también por los valores estéticos. Con lo anterior no pretendemos decir que aquel villorrio de repente se vio matizado por el arte y la

cultura, como si un Pentecostés de milagro hubiese descendido hasta calar muy hondo en las testas de sus rústicos pobladores. Por supuesto que nada de eso sucedió. Los valores culturales y estéticos no se logran fácilmente; y si bien es cierto que en el camino que se emprende hacia el urbanismo y la civilidad, pasar el Rubicón es aventura fácil: una pizca de estetismo da fuerzas suficientes para hacerlo; lo difícil viene después, cuando todo se convierte en un hacer interminable con proa hacia la esperanza y quizá también hacia la certeza, pero sin treguas ni misericordias.

Con todo y todo, aquella cerril comunidad mucho antes de ostentar el título de villa, tenía ya iglesia de adobes con techo de tejas, en 1732. Y pocos años más tarde, por decisión del Obispo Pedro Agustín Morel de Santa Cruz se estableció en ella la primera escuela. Así la fe religiosa y el ansia de cultura, parecieron mancomunarse para darle a Heredia, cuando todavía no lo era plenamente, el rasgo que ella ha sabido conservar hasta nuestros días: una vocación innegable por la enseñanza, por la escolaridad. Es decir, por la cultura.

Como las poblaciones, al igual que los seres, parecen nacer con su destino amarrado al cuello, la Villa de nuestra historia, en compañía de sus hermanas menores, Boca del Monte y La Lajueta, tuvo que pasar por todos los abandonos y miserias tan corrientes durante las fechas del coloniaje. Fechas estas cuando la oración, el trabajo y el acogerse temprano al reposo del sueño, eran los tres ases que regían el juego del cotidiano vivir, porque el otro as, el dorado as de júbilos, muy de raro en raro aparecía. Aparecía tal vez brotando de un flautín de carrizo, “musicalizado” por labios inocentes, cuya melodía estaba a veces pautaada por los suaves acordes de una bandurria, la vieja bandurria del abuelo: aquel viejo admirable que al darse cuenta en su aventura americana, de que no todo el monte era orégano, sin pensarlo dos veces se había venido desde Guatemala para enmontañarse en el Valle Central de Costa Rica, para poder pasar el resto de sus días haciendo su real gana; libre de alcabalas, de censos, de Capitanes Generales y hasta de Inquisidores de pesadilla.

Al magnífico viejo no le alcanzó la vida para ver converti-

do en villa a su amado Cubujuquí, pero su bandurria, pulsada ahora por el nieto, lo hacía más presente que nunca.

El avance, en todo sentido, de cualquier villa o ciudad es un imperativo de todos sus habitantes, pero siempre alguno de ellos, el de personalidad más fuerte y talentosa, habrá de contribuir en mayor grado que los demás a ese avance. Y ese “alguno”, para la Villa de la Inmaculada Concepción, se llamó don Pedro Antonio Solares Zaldívar.

Don Pedro Antonio Solares, noble hidalgo natural de Asturias, arribó a Puntarenas capitaneando su propia nave cargada con artículos de comercio, al mediar la segunda cincuentena del siglo XVIII. Radicado en Cubujuquí, donde formó su hogar, abrió una tienda de comercio en la esquina que hoy ocupa la casa del expresidente Alfredo González Flores, mansión que al presente sirve de sede a la Casa de la Cultura de Heredia.

Solares Zaldívar, de naturaleza profundamente activa, no sólo llegó a ser el más acaudalado comerciante del lugar, sino que se convirtió en uno de los hombres de pro en aquella villa. Su establecimiento de comercio empezó a suministrarle al vecindario todos esos utensilios y artefactos que hacen más fácil y amable el duro oficio de vivir. Las campanas que día tras día oímos repicar en la iglesia de la Parroquia fueron donación suya. Se cuenta que en la trastienda de su negocio tenía el único espejo de cuerpo entero que había por entonces en Heredia. Espejo que siempre era solicitado por las damitas para emperifollarse mejor antes de asistir a una fiesta. En las grandes fechas, como en el día de la Inmaculada por ejemplo, la demanda del espejo era tanta, que la fila de damitas que esperaban turno para acicalarse ante su luna era el cuento de nunca acabar.

Don Pedro Antonio Solares fue un hombre verdaderamente original. Cuando por pecadillo más o pecadillo menos, quiso ponerse a derecho con la Santa Madre Iglesia, de la cual era fervoroso creyente, no halló mejor manera para hacerlo que darle dos hiladas de piedra al contorno del templo Parroquial.

En los días festivos acostumbraba vestir a la usanza española y de acuerdo con su rango: gorguera blanca, chale-

co de raso, calzón hasta la rodilla, medias asedadas y zapatillas con hebillas de plata. Además se ceñía el clásico espadín ceremonial.

Al llegar la Independencia, aquel asturiano, en compañía de otro peninsular, don Mauricio Salinas, logró que Heredia gravitara junto a Cartago en el campo imperialista. Pero cuando las cosas volvieron a su cauce normal, el buen viejo aceptó cumplida y fervorosamente a la nueva patria. Presintiendo su muerte, se apresuró a dejar pagadas mil misas para la salvación de su alma. Muchos de sus descendientes han ocupado cargos relevantes dentro de la política, de las profesiones liberales y del arte. Nombraremos a dos de ellos: en el siglo pasado, al Lic. Juan José Ulloa Solares, Juez de Primera Instancia en San José, Secretario de la legación enviada por el presidente Mora a Guatemala, miembro de la Asamblea Constituyente de 1859, Secretario de Estado en el Gobierno de don Jesús Jiménez, y segundo Designado a la Presidencia durante los años de 1864 y 1865. El Lic. Ulloa Solares fue el último Rector que tuvo la Universidad de Santo Tomás. En ese cargo lo sorprendió la muerte.

En el siglo que aún corre, a un descendiente del viejo Solares le tocó en suerte ser artista, un gran artista por cierto. Nos referimos al escultor herediano Juan Rafael Chacón Solares. Por antonomasia, el escultor de Costa Rica, fallecido hace unos pocos años.

El espíritu de los heredianos al llegarnos la Independencia, fundamentalmente era el mismo que había llevado a sus antecesores, hacía más o menos un siglo, a congregarse “bajo la Campana”. Pero los aires libertarios, al correr por cuanto rincón tenía la ciudad, transformaron aquel “estar bajo la Campana” en el punto de arranque de dos tendencias, de dos sabidurías diferentes y contrapuestas, que a través de los años, en una terca dialéctica de toma y daca por imponer cada una de ellas sus puntos de vista, se han proyectado desde aquellas tempranas fechas republicanas hasta nuestros días.

Lo interesante de esas tendencias, fue que su enfrentamiento vino a facilitar la participación de todos los vecinos en

el ir forjando, según sus sueños, a su querida Heredia de cada día. En ese participar han tenido siempre mayor vigencia, por supuesto, aquellos seres dedicados de por vida al cultivo de las artes y de las letras. Nombrarlos a todos sería como ponernos a contar estrellas. Pero tal vez el problema lo podamos resolver en forma taxativa, proclamando que al principio en Heredia fue la piedra... , el duro granito de los antiguos hue-tares retomado por las sabias y republicanas manos de Fadri-que Gutiérrez, para bien del arte escultórico, tanto sagrado como profano, de su ciudad.

Fadrique Gutiérrez, niño terrible de la época del presiden-te Guardia, militar por cálculo político, pero escultor de co-razón, por su inteligente osadía en el manejo de las gubias y los cinceles, se convirtió sin proponérselo, en el primer Ade-lantado de la escultura costarricense. Excéntrico y magnífico, plantó su torre frente a la iglesia parroquial, dando un estu-pendo jaque mate a todos los que gustaban y siguen gustando de mover siempre las fichas del adocenamiento y del mal gusto. Tan espectacular fue la jugada, que a los heredianos no les quedó más salida que perpetuarla en el estandarte de su provincia.

Don Fadrique parece haber legado a sus comprovincianos un gusto, una particular vocación por el hacer escultórico. La lista de los heredianos que fervorosamente han manejado gubias y cinceles, resulta impresionante: Juan Mora González, los Zamora, los hermanos Ramos, Víctor Bermúdez, Juan Rafael Chacón, Wenceslao Argüello, Francisco Miranda, Ro-drigo Argüello, Jorge Benavides, Miguel Brenes, Olger Ville-gas, Juan Hernández y algunos más cuyos nombres escapan a nuestra memoria. Algunos de los escultores nombrados, como los hermanos Ramos y Olger Villegas, sin ser propiamente heredianos de nacimiento, hace muchos años que convirtie-ron a Heredia en su patria escultórica.

En esta reseña que hemos hecho, tan a vuela pluma, de escultores heredianos, nos parece indispensable destacar un nombre: el de Juan Rafael Chacón. El “viejo Chacón”, como cariñosamente lo llamaban siempre sus colegas y amigos, fue hombre recio y fuerte como los granitos y los troncos que trabajó durante toda su vida. Pero aquel porte suyo, tan de

tronco y tan de granito, estaba espiritualizado por un corazón de niño bueno que Dios le había puesto, para que cumpliera mejor su destino. ¡Y en qué forma lo cumplió...! Muchos templos y colegios, muchas plazas, edificios y parques de nuestro país, se ennoblecen hoy con el arte de este coloso de la gubia y del cincel. Sucesor de Fadrique por derecho propio, Juan Rafael Chacón fue el segundo Adelantado de la escultura costarricense.

El dibujo y la pintura son otras artes plásticas que han sido cultivadas, con amor y acierto, por muchos heredanos de todos los tiempos. En estos campos se recuerda con cariño a don Manuel Argüello, profesor de dibujo que dio a su pincel, severamente académico, un sesgo religioso popular, al pintar escenografías sagradas para las celebraciones del “Corpus Christi”.

Ahora, necesariamente debemos traer a colación un nombre, el de Fausto Pacheco, quien llevó a la acuarela la luz y la gracia de nuestro paisaje rural. Pacheco —como lo apuntamos en renglones atrás—, afirmó siempre que sus acuarelas en última instancia se reducían a sólo “palo”, “casa” y “montaña”, evocando así, tal vez sin proponérselo, esa esotérica Trimurti venerada fervorosamente por el costarricense, que explica con certeza y sin tal vez, nuestro equilibrio social de ayer y de hoy.

En el presente, el hacer pictórico herediano lo mantienen vigente y muy en alto, nombres como los de Hugo Sánchez, Francisco Hernández (Wisco), Héctor Arguedas, Guillermo Hernández y el catracho Salvador Gómez (Sago), afincado en Barva y herediano ya como el que más.

Cabe ahora mencionar el nombre de un herediano que fue muy querido y admirado en toda Costa Rica: nos referimos a Manuel Lépiz. Manuel Lépiz, excelente dibujante y magnífico barítono operático, fue también la mejor de las buenas personas que en este mundo han sido. Menudo de cuerpo, inteligente y ágil, como un rutilante Peter Pan cruzó nuestro paisaje artístico con rumbo hacia el país del “Nunca-Más”, donde de seguro se encuentra ahora conversando alegremente con Dios.

Don Luis Felipe González, en uno de sus múltiples trabajos sobre la historia de Heredia, apunta que en 1984 los vecinos de la entonces Villa Vieja, hicieron venir de Nicaragua a cinco profesionales de la música, contratados especialmente para impartir lecciones y para darles realce musical a las festividades religiosas. Agrega que tal esfuerzo —el primero en aras de la música que se realizó durante la colonia—, marcó el arranque del desarrollo musical herediano.

Hechos como éste de que nos informa don Luis Felipe, explican el gran aporte musical herediano a la cultura costarricense. Para confirmar esta verdad bastaría con citar un sólo nombre: el de don Manuel María Gutiérrez, autor de la música de nuestro Himno Nacional y valeroso militar durante la Campaña de 1856. Pero creemos nuestro deber traer a colación otros nombres heredianos que han brillado con luz propia en el campo musical: José María Chaverri, Juan Rafael Alfaro y Belarmino Soto. Es imprescindible citar aquí también a don Roberto Cantillano, cuyo arte como flautista se unió a la mágica voz de Amelita Galli-Curci en la grabación de un disco memorable. No podemos tampoco dejar de nombrar a Miguel Angel Quesada, concertista de piano; y a Bernal Flores, original compositor y gran estudioso de la música costarricense.

Se impone ahora mencionar a la Orquesta Sinfónica de Heredia, realizado sueño que muchos heredianos, tesoneros amantes de la música, capitaneados por el no menos tesonero don Rolando Sáenz Ulloa, han puesto bajo la responsable batuta de German Alvarado, su Director de siempre.

La Orquesta Sinfónica de Heredia es toda una realidad. Una realidad coruscante en la mejor franja del espectro musical costarricense.

Hasta aquí hemos tratado de explicar la ciudad de Heredia, como una realización forjada por los heredianos de todos los tiempos, al ir convirtiendo en ciudad sus sueños de cada día. Pero en esta dinámica onírica no hemos hecho todavía mención alguna de escritores; de tanto poeta, de tanto novelista, de tanto cultivador del ensayo y del cuento como los tiene Heredia. Deliberadamente lo hemos hecho así por estra-

tegia literaria, porque en literatura la montaña herediana nos resulta tan frondosa, tan exuberante, que necesitamos aislar y duplicar nuestro esfuerzo y nuestro tino, para poder distinguir con claridad sus principales árboles.

En Heredia el oficio de escritor siempre ha mantenido un estrecho maridaje con la profesión de maestro; entendido esto de maestro en su más alto y claro significado. Desde que el Obispo Pedro Agustín Morel de Santa Cruz, dejó fundada una escuela en Cubujuquí, a los heredianos les nació un gusto muy especial por ese mundo del pizarrón en juego con la “tiza” y los pupitres.

Decir Heredia es decir colegios. Por eso en el espectro filosófico educativo de Costa Rica, Heredia ha lucido siempre como una plácida Salamanca. Una Salamanca muy próxima a un río Tormes que quiso llamarse Virilla.

En Heredia nunca podrá saberse donde termina el maestro y empieza el novelista, el poeta, el filósofo.

En el año 1881, don Luis R. Flores, que además de poeta había sido director de escuela en la Ribera de Belén, hospedó en su casa a Rubén Darío. La atención de Rubén es cautivada de inmediato por el torreón de Fadrique. “Es el más bello sujeto que he visto aquí” —exclama al contemplarlo—. Y al enterarse de que aquel torreón había estado a punto de ser demolido, le exige a su anfitrión el más extraño de los juramentos: “Tú eres poeta, Luis —dice Darío— júrame que defenderás este torreón. Que mientras estés vivo no lo maltratarán. No lo tumbarán. Los poetas estamos obligados a defender la belleza a capa y espada”. Como corolario de aquella escena, que parece escapada de un capítulo de Dumas, fue el bautizo de dos calles: La Calle Rubén Darío, en Heredia. La Calle Luis R. Flores, en Managua.

No abandonemos todavía a Rubén Darío. Enterémonos de lo que decía sobre otro poeta herediano: “Costa Rica tiene un poeta —afirmaba Rubén—. Tiene, en verdad, otros poetas; pero su poeta, el poeta nacional, el poeta familiar, se llama Aquileo Echeverría”. Bueno —decimos ahora nosotros— esto es casi una imposición de manos para revelar a un genio: a Aquileo Echeverría. Este juicio de Darío tiene también un rasgo profético, porque cuando el costarricense pien-

sa con emoción en una personalidad de su patria que sea poeta y sólo poeta, es Aquileo Echeverría quien le colma a plenitud tal pensamiento.

Ahora, sin querer atenernos a cronología alguna, y en aras de la espontaneidad, traigamos a cuento el nombre de Luis Dobles Segreda: profesor, orador, diplomático, pero sobre todos estos quehaceres, escritor sorprendente y sorprendido siempre de su ciudad: porque Heredia fue su gran “Leitmotiv” literario. En cierto modo, Luis Dobles Segreda fue un historiador lírico de la ciudad de Heredia, porque la supo idealizar apasionadamente en todos sus libros. “Rosa Mística”, “Por el amor de Dios” y “Caña brava”, son algunos entre sus muchos títulos, en los que trató con amor y gracia las cosas de su Heredia.

Pero tal vez el libro que Dobles Segreda talló con más inspiración y genio, fue su “Fadrique Gutiérrez”, postrera ofrenda que hizo a la ciudad que lo vio nacer.

En este señalamiento de valores heredianos que nos hemos propuesto, hay un nombre que quedó ligado para siempre al panorama filosófico, artístico y literario costarricense. Nos referimos a Omar Dengo. Don Omar fue el maestro por excelencia de una generación y uno de los pocos que han logrado perpetuar su ideario.

Espíritu abierto y espontáneo, se dio por entero a la sinceridad de su mensaje: la búsqueda de un ideal que él pretendía redescubrir sobre los convencionalismos de sectas y religiones. Recogidos sus escritos por sus discípulos y amigos, fueron impresos en dos volúmenes bajo el título de “Meditaciones”, a pesar de que manifestó antes de morir, su deseo de destruirlos.

“La muerte de don Omar —dijo Haya de la Torre— adelantó la aurora.”

Cuando a nuestros estudiantes les piden sus profesores investigar en la literatura infantil costarricense, ellos, sin pensarlos dos veces, se apresuran a buscar los libros de don Carlos Luis Sáenz. Y hacen lo justo, porque se la tome por donde se la tome, en la poesía de don Carlos Luis siempre aparece la infancia. Bastará leer una sola estrofa suya, para percibir esta

clara verdad. Escojamos una de ellas, inmersa en el poema “Campanas de la Parroquia”. Dice así:

“No se han envejecido;
ya tengo sesenta años
y ellas repican claras,
con tanta claridad,
que en sus repiques ;oigo mi infancia!

Carlos Luis Sáenz, discípulo preferido de Omar Dengo, heredó de su maestro un gran bagaje espiritual de estetismo; no obstante, cuando lo creyó su deber, echó su cuarto a espadas en el atrevido “póker” de la lucha social. Pero la bondad, la alegría y la cultura, fueron siempre los ejercicios diarios de su espíritu. Esto nos lo rezan muy claro algunos títulos de sus libros: “Raíces de esperanza”, “Memorias de alegría” y . . . “Las semillas de nuestro rey”.

En Costa Rica no hay profesión intelectual, ni hacer cultural o artístico, en donde no se encuentren heredianos campeando siempre a sus anchas. Al llamado del periodismo, por ejemplo, dijeron presente a su hora debida, heredianos de la talla de don Fabio Baudrit, que en publicaciones como “La Linterna”, “Páginas Ilustradas”, y más próximas a nuestros días, “La Nación” y “La Prensa Libre”, sentó escuela, pues su equilibrado temperamento y su cultura de matiz decididamente europeo, lo hicieron convertir en sutil ironía un humor que generalmente en nuestro país no acierta con la nota rabeleriana.

A principios del presente siglo, otro herediano empezó a destacar en el campo del periodismo: don Luis Cartín González. Cartín González, como buen herediano, pasó del ejercicio de la docencia al periodismo, acto que visto bajo la buena luz costarricense, es solamente un cambio de aula. No contento con haber fundado su propia imprenta, don Luis Cartín empieza en 1903 a publicar el semanario “Orden Social”. Y años más tarde, también bajo su dirección, aparece el diario católico “La Epoca”.

Don Luis Cartín perteneció a la Academia de Geografía e Historia, y legó a la cultura costarricense una serie de ensayos históricos de indiscutible valor.

Otro periodista herediano que no podemos dejar de mencionar, es Enrique Benavides Chaverri, otro de los que dijeron sí al llamado del periodismo. Profesional en Derecho, hurgando en los archivos judiciales dio con un asunto que él convirtió en un libro de éxito: “El Crimen de Colima, un error judicial”. Benavides Chaverri, dueño de una prosa sobria, con inteligentes aristas de humor y de alegría, tiene a su haber una labor de columnista apreciada y reconocida con largueza en nuestros predios intelectuales. Alguna vez —siguiendo esa inevitable vocación herediana— Benavides Chaverri tuvo a su cargo una cátedra en la Escuela de Servicio Social.

Queremos aprovechar parte de estos renglones dedicados a comentar el ejercicio del periodismo por algunos heredianos, para hacer mención muy especial de don Samuel Arguedas Katchenguis, uno de los más denodados defensores de la pureza de la lengua castellana. Arguedas Katchenguis, dedicado a la enseñanza, hizo también periodismo con verdadero acierto tanto en Costa Rica como en México, país este donde vivió por largos años. Sus colaboraciones sobre temas de lingüística para los diarios mexicanos “El Nacional”, “Excélsior” y “Novedades”, le ganaron tanto prestigio, que fue llamado a trabajar para la Secretaría de Educación de ese país. Miembro de la Academia Costarricense de la Lengua, don Samuel Arguedas tuvo una brillante participación en el “Primer Congreso de Academias de la Lengua”, celebrado en México en 1951.

Señoras y señores: por decisión de los miembros de la Academia Costarricense de la Lengua, me ha tocado el honor de ocupar el sillón académico que dejó vacante el ilustre herediano que fue don Samuel Arguedas Katchenguis. Por eso el discurso que me ocupa pretende sólo ser una lírica interpretación de esa generosa Heredia, patria chica y confesado amor de don Samuel Arguedas hasta su postrer día.

En la noche herediana, los ecos no son ecos,
sino voces eternamente vivas.
Oíd los golpes del cincel de don Fadrique.
Oíd los golpes del cincel de Juan Rafael.
Oíd el anciano rumor de los pasos de don Cleto.
Oíd la alta voz de don Omar.
Oíd la ejecutiva voz de don Alfredo.
Oíd las voces de muchos que llegaron
sin poder regresarse: Brenes Mesén... Gagini...
García Monge...
Mañana, cuando las golondrinas enreden sus vuelos
en la luz de la rosa de los vientos, Heredia despertará.
Despertará para seguir siendo lo que siempre ella ha sido:
esa otra orilla del Jordán,
a donde tenemos necesariamente que ir a bautizarnos.
A bautizarnos para nacer de nuevo en el espíritu
de la mejor tradición cultural costarricense.